

— Está bien.

— Por consiguiente despachad hoy todo lo que tengáis que hacer.

— Tengo que escribir una carta.

— Escribidla.

— ¿Dónde?.....

— En esta mesa... Ahí tenéis pluma, tinta y papel; el buzón del correo está en el arrabal y el grumete os acompañará.

— ¡Gracias, capitán!

Así que Gilberto quedó solo, escribió una carta muy corta, y le puso este sobre:

« Á la señorita Andrea de Taverney, calle Coq-Herón, número 7, primera puerta cochera yendo de la calle Platriere,

» PARÍS. »

En seguida la guardó en el bolsillo, comió lo que el mismo capitán le sirvió, y siguió al grumete que le acompañó al correo donde echó la carta.

Gilberto pasó todo el día mirando al mar desde la escarpada costa.

Cuando llegó la noche volvió al buque donde el capitán, que estaba en acecho, lo hizo entrar.

XXVIII

Última despedida de Gilberto

Felipe había pasado una noche terrible, pues aquellas pisadas sobre la nieve le demostraban hasta la evidencia que alguno se había introducido en la casa para robar el niño; pero, ¿á quién acusar, cuando ningún otro indicio precisaba sus sospechas?

Felipe conocía tan bien á su padre, que no dudó fuese cómplice en aquel negocio, pues como el señor de Taverney creía á Luis XV padre de aquel niño, debía dar una grande importancia á aquel testimonio vivo de una infidelidad hecha á la Dubarry. El barón debía creer igualmente que tarde ó temprano recurriría Andrea al favor, y entonces rescataría muy caro el principal medio de su futura fortuna.

Estas reflexiones fundadas en la revelación reciente del carácter de su padre, consolaron un poco á Felipe, el cual creyó posible recobrar aquel niño, puesto que conocía á los raptos.

De consiguiente, á las ocho se puso á acechar la llegada del doctor Luis, á quien contó, paseándose con él en la misma calle, el espantoso acontecimiento ocurrido en la noche.

El doctor era hombre de buen consejo; examinó las pisadas del jardín, y después de un rato de reflexión, opinó que las sospechas de Felipe podían ser fundadas.

— El barón no me es bastante conocido, dijo, para

que le crea capaz de esa mala acción, pero, á pesar de esto, ¿no podría suceder que otro interés más inmediato hubiera motivado el rapto del niño?

— ¿Qué interés, doctor?

— El del verdadero padre.

— ¡Oh! exclamó Felipe, por un momento abrigué esa misma idea; pero el desdichado no tiene siquiera pan para sí; es un loco, un exaltado, que á estas horas anda fugitivo y debe tener miedo hasta de mi sombra... Desengañémonos, doctor, ese miserable ha cometido el crimen, porque se le presentó la ocasión; pero ahora que no estoy tan colérico, aunque aborrezco á ese criminal, creo que evitaría el tropezar con él por no matarle; porque estoy persuadido de que deben atormentarle los remordimientos, y que el hambre y la vagancia han de vengarme tan eficazmente como mi espada.

— Entonces no hablemos de eso, dijo el doctor.

— Lo que deseo, querido y excelente amigo, es que tengáis á bien prestaros á mentir por última vez, porque ante todo es preciso tranquilizar á Andrea. Decidle que ayer estabais inquieto por la salud del niño, y que habéis vuelto por la noche á tomarle para llevarle á casa de la nodriza. Esta es la primera fábula que se me ha ocurrido y que he improvisado para Andrea.

— Diré eso, pero vos entretanto ¿buscaréis el niño?

— Tengo un medio de hallarle. Estoy resuelto á dejar la Francia; Andrea entrará en el convento de San Dionisio, y entonces yo iré á ver á mi padre, le diré que lo sé todo, y le forzaré, como si fuera un extraño para mí, á que me descubra el lugar del retiro del niño. Si se resiste, yo venceré su resistencia amenazándole con una revelación pública y con la intervención de la señora Delfina.

— Y estando vuestra hermana en el convento, ¿qué haréis con el niño?

— Lo daré á criar á la mujer que vos me recomendéis... luego lo pondré en un colegio, y cuando sea grande estará conmigo si es que vivo.

— ¿Y creéis que la madre ha de consentir en separarse de vos ó de su hijo?

— Andrea en lo sucesivo consentirá en cuanto yo quiera; pues sabe que he dado un paso, con la señora Delfina, cuya palabra tengo, y no me expondrá á que falte al respeto á nuestra protectora.

— Os ruego que entremos á ver á esa pobre madre, dijo el doctor.

Y en efecto, entraron á ver á Andrea, que dormitaba dulcemente, consolada por los cuidados de Felipe.

Su primera palabra fué una pregunta al médico, el cual había respondido ya con una sonrisa.

Desde entonces Andrea entró en una calma completa que aceleró tan bien su convalecencia, que al cabo de diez días ya estaba levantada, y podía pasearse por el invernáculo á la hora en que el sol daba en los vidrios.

El mismo día de aquel paseo, Felipe, que se había ausentado por unos cuantos días, volvió á la casa de la calle Coq-Herón con un semblante tan sombrío, que el doctor, al abrirle la puerta, presagió una grande desgracia.

— ¿Qué es lo que hay? preguntó. ¿Acaso se niega vuestro padre á entregar el niño?

— Mi padre, respondió Felipe, ha sufrido un ataque de fiebre que le ha tenido postrado en cama tres días después que marchó de París, y se hallaba muy apurado cuando yo llegué. Creí que aquella enfermedad era una astucia, una ficción, y hasta una prueba de su participación en el rapto del niño, por cuya razón

insistí, y aun amenacé; pero mi padre me juró por Jesucristo que no comprendía nada de lo que yo quería decirle.

— ¿De suerte que volvéis sin noticias?

— Sí, doctor.

— ¿Y convencido de la veracidad del barón?

— Casi convencido.

— ¿Conque ha sido más astuto que vos, y no ha revelado el secreto?

— Le amenacé con decirlo á la señora Delfina, y se puso pálido; pero me dijo: «Piérdeme si quieres, deshónra á tu padre, deshónrate á tí mismo, será una locura que no producirá ningún resultado, porque no sé lo que quieres decirme.»

— ¿De suerte que?...

— Vuelvo desesperado.

En aquel momento oyó Felipe la voz de su hermana que gritaba:

— ¿No es Felipe el que ha entrado?

— ¡Gran Dios! ya está aquí... ¿Qué le diré? murmuró Felipe.

— ¡Silencio! dijo el doctor.

Andrea entró en el cuarto y fué á abrazar á su hermano con una ternura y una alegría que dejaron helado el corazón del joven.

— ¿De dónde vienes? le dijo.

— En primer lugar de casa de padre, según te manifesté.

— ¿Está bueno papá?

— Sí, Andrea; pero no es esta la única visita que he hecho, sino que también he visto á varias personas para arreglar tu entrada en San Dionisio. Á Dios gracias, todo está ya dispuesto, y ahora que estás buena, puedes ocuparte de tu porvenir con inteligencia y firmeza.

Andrea se acercó á su hermano, y sonriéndose con ternura:

— Querido amigo, le dijo, mi porvenir no me inquieta ya, ni debe inquietar á nadie... Yo no tengo otro porvenir que el de mi hijo, y pienso consagrarme de hoy más á criarlo y cuidarlo. Tal es mi resolución, tomada irrevocablemente desde que, habiendo recobrado las fuerzas, no he dudado de la fortaleza de mi espíritu. Vivir para mi hijo, vivir entre privaciones, hasta trabajar si es necesario, pero no dejarle ni de día ni de noche: este es el porvenir que me he trazado. Se acabó el convento; no más egoísmo; ¡pertenezco á un ser, Dios quiere que sea suya!

El doctor miró á Felipe como diciéndole:

— ¿No os lo anuncié?

— Hermana, exclamó el joven, ¿qué es lo que dices?

— No me acuses, Felipe, pues no es un capricho de una mujer débil y vana; además no te molestaré ni perjudicaré en nada.

— Pero, Andrea, yo no puedo quedarme en Francia, y quiero dejarlo todo, porque tampoco tengo bienes ni porvenir. Podré, pues, consentir en abandonarte al pie del altar; ¡pero en el mundo, en la miseria y el trabajo!... Mira lo que haces, Andrea.

— Todo lo he previsto: te quiero sinceramente, Felipe; pero si me dejas, devoraré mis lágrimas é iré á refugiarme junto á la cuna de mi niño.

El doctor se acercó.

— Eso es una exageración y una demencia, dijo.

— ¡Ah! doctor, ¿qué queréis?... El ser madre es un estado de demencia; pero Dios me ha enviado esta demencia, y mientras ese niño me necesite, insistiré en mi resolución.

Felipe y el doctor se miraron de pronto.

— Hija mía, dijo el doctor, yo no soy un predicador muy elocuente; pero me acuerdo que Dios prohíbe amar con demasiado ardor á las criaturas.

— Sí, hermana, añadió Felipe.

— Pero creo, doctor, que no prohíbe á una madre que ame á su hijo con demasiada ternura.

— Perdonad, hija mía, que el filósofo, el médico, procure medir el abismo que abre el teólogo para las pasiones humanas. Buscad la causa, no sólo moral, porque algunas veces es una sutileza de la perfección, sino física de todo mandato que provenga de Dios, y aplicadla á la maternidad. Dios prohíbe á una madre que ame á su hijo de un modo excesivo, porque el niño es una planta tierna, delicada, accesible á todos los males, expuesta á toda clase de padecimientos, y amar con ardor á una criatura efímera es exponerse á tener que desesperarse.

— ¿Porqué me decís eso, doctor? murmuró Andrea, Y tú, Felipe, ¿por qué me miras con esa compasión... y esa palidez?

— Querida Andrea, contestó el joven, sigue mi consejo, que es de un amigo cariñoso, y puesto que se ha restablecido tu salud, entra cuanto antes en el convento de San Dionisio.

— ¡Yo!... ya te he dicho que no dejo á mi hijo.

— Mientras os necesite, dijo el doctor con dulzura.

— ¡Dios mío! ¿Qué hay? Hablad... alguna cosa triste y cruel ha sucedido.

— ¡Cuidado! dijo el doctor á Felipe al oído; aun está muy débil para sufrir un golpe decisivo.

— ¿No me respondes, hermano? Vamos, explícate.

— Querida hermana, ya sabes que al volver de mi viaje he pasado por el Point-du-Jour, que es donde se está criando tu hijo.

— Sí... ¿y qué?

— Pues bien, el niño está algo enfermo.

— ¡Enfermo mi querido hijo! Margarita, Margarita, ¡pronto, un carruaje! que quiero ir á ver á mi hijo.

— ¡Es imposible! exclamó el doctor, pues ni os halláis en situación de poder salir ni de andar en carruaje.

— Pues esta mañana me dijisteis que sí, y que luego que regresara Felipe iría á ver al niño.

— Auguraba mejor de vos.

— Lo que hicisteis fué engañarme.

El doctor guardó silencio.

— Margarita, repitió Andrea, obedéceme y vé por un carruaje.

— ¿Pero no ves que puedes morirte? dijo Felipe.

— ¡Pues bien, me moriré!... ¡cómo me importa tanto la vida!...

Margarita aguardaba, mirando unas veces á su ama, otras á su amo y otras al doctor.

— ¡Hola! cuando yo mando una cosa, se me obedece!... gritó Andrea, cuyas mejillas se cubrieron de púrpura.

— ¡Querida hermana!

— Nada oigo, y si no me traen un carruaje iré á pie.

— Andrea, dijo de pronto Felipe cogiéndola en sus brazos, no irás, no, porque no tienes necesidad de ir.

— ¡Mi hijo ha muerto! articuló la joven con frialdad, dejando caer los brazos á lo largo del sillón en que Felipe y el doctor acababan de sentarla.

Felipe sólo respondió besando una de sus manos frías é inertes.

Poco á poco fué perdiendo su tirantez el cuello de Andrea; dejó caer la cabeza sobre el pecho y derramó abundantes lágrimas.

— Dios ha querido, dijo Felipe, que suframos esta nueva desgracia; Dios que es tan grande como justo;

Dios que quizá tenía otros designios acerca de tí; Dios, en fin, que sin duda juzgaba que la presencia de ese niño á tu lado era un castigo inmerecido.

— Pero al fin, dijo la pobre madre suspirando ¿por qué ha hecho Dios sufrir á esa criaturita?

— Dios no la ha hecho sufrir, hija mía, dijo el doctor, pues murió la misma noche en que nació... No la sintáis, pues, sino como una sombra que pasa y se desvanece.

— ¿Conque los gritos que yo oí?...

— Fueron para despedirse de la vida.

Andrea se tapó el rostro con las manos, mientras que confundiendo el médico y Felipe su modo de pensar en una elocuente mirada, felicitábanse allá para sí de su piadoso embuste.

De repente entró Margarita con una carta... Aquella carta iba dirigida á Andrea, y el sobre decía:

« Á la señorita Andrea de Taverney, calle Coq-Herón, primera puerta yendo de la calle Platriere, — París. »

Felipe la enseñó al doctor por encima de la cabeza de Andrea, quien, absorta en su dolor, ya no lloraba.

— ¿Quién será el que le escribe? pensó Felipe; nadie conoce las señas de mi hermana, y la letra no es de mi padre.

— Dadle la carta, dijo el doctor interrumpiéndole, pues la distraerá de esa profunda meditación que me inquieta.

— Mira, Andrea, dijo Felipe, aquí tienes una carta.

Sin reflexionar, sin resistir ni manifestar extrañeza, Andrea rompió el sobre, y enjugándose las lágrimas, desdobló el papel para leer; pero apenas había recorrido las tres líneas que componían la carta, lanzó un

agudo grito, se levantó como una loca, y extriéndosele los brazos y las piernas de un modo terrible, cayó como una estatua en los brazos de Margarita, que había acudido á socorrerla.

Felipe recogió la carta y leyó:

« En el mar, á 15 de diciembre de 17...

» Me marcho, arrojado por vos, y no me volveréis á ver; ¡pero me llevo conmigo á mi hijo, quien jamás os llamará madre!

» GILBERTO. »

Felipe estregó el papel lanzado un rugido de rabia.

— ¡Oh! dijo rechinando los dientes, yo había perdonado el crimen debido á la casualidad; ¡pero ese crimen nacido de su voluntad será castigado!... ¡Andrea, sobre tu inanimada cabeza juro matar al miserable la primera vez que se presente delante de mí! Dios querrá que yo le halle, porque ha colmado la medida... Doctor, ¿volverá en sí Andrea?

— ¡Sí! ¡sí!

— Doctor, es preciso que mañana entre Andrea en el convento de San Dionisio, y que pasado mañana esté yo en el puerto de mar más inmediato... El cobarde ha huído... Yo le seguiré... Además necesito ese niño... Doctor, ¿cuál es el puerto de mar que está más cerca?

— El Havre.

— Dentro de treinta y seis horas estaré en el Havre, respondió Felipe.

XXIX

Á bordo

Desde aquel momento la casa de Andrea quedó silenciosa y triste como un sepulcro.

La noticia de muerte de su hijo le habría quitado la vida, porque hubiera sido uno de esos dolores sordos y lentos que minan perpetuamente la existencia; pero la carta de Gilberto fué un golpe tan violento, que excitó en el alma generosa de Andrea cuantas fuerzas y cuantos sentimientos ofensivos le quedaban.

Cuando volvió en sí, buscó con la vista á su hermano, y la cólera que leyó en sus ojos fué para ella un nuevo manantial de valor.

Aguardó á recobrar completamente sus fuerzas para que su voz no temblase, y entonces, cogiendo á Felipe de la mano, le dijo:

— Amigo mío, esta mañana me hablabas del convento de San Dionisio, donde por mediación de la señora Delfina se me ha concedido una celda.

— Sí, Andrea.

— ¿Quieres llevarme hoy mismo á él?

— ¡Oh! sí; gracias, hermana mía.

— En cuanto á vos, doctor, prosiguió Andrea, el daros las gracias sería una recompensa muy estéril por tantas bondades, por tanto cariño y caridad como me habéis dispensado. Vuestra recompensa, doctor, no puede hallarse en la tierra.

Se acercó á él y le abrazó.

— Este pequeño medallón, dijo, contiene mi retrato que mi madre me mandó hacer cuando yo tenía dos años, y debe parecerse á mi hijo; conservadlo, doctor, para que os recuerde alguna vez el niño á cuyo alumbramiento habéis asistido y la madre á quien habéis salvado la vida con vuestros cuidados.

Dicho esto, sin enternecerse, Andrea terminó sus preparativos de viaje, y á las seis de tarde atravesaba, sin atreverse á levantar la cabeza, el postigo del locutorio de San Dionisio, en cuya reja Felipe, sin poder dominar su emoción, se despedía de ella quizá para siempre.

— ¡Adiós! ¡adiós! murmuró Andrea cuyo dolor estalló en sollozos.

— ¡Adiós! respondió Felipe ahogando su desesperación.

— Si hallas á mi hijo, dijo Andrea en voz baja, no permitas que me muera sin haberle estrechado contra mi corazón.

— Descuida... y ¡Adiós! ¡adiós!

Andrea se desprendió de los brazos de su hermano, y sostenida por una monja lega, se adelantó sin dejar de mirarle en la profunda oscuridad del convento.

Mientras pudo verla, Felipe le hizo señas con la cabeza y el pañuelo agitándolo en el aire, hasta que al fin recogió su último adiós que ella le dirigió desde el fondo de la oscuridad. Entonces una puerta de hierro se cerró entre los dos, resonando lúgubrementemente.

Felipe tomó la posta en el mismo San Dionisio, y con su maleta en la grupa, corrió toda la noche y el día siguiente, y llegó al Havre por la noche. Se hospedó en la primera posada que halló al paso, y á la mañana, al rayar el día, se informó en el puerto de

los buques que debían salir más pronto para la América.

Dijéronle que aquel mismo día se hacía á la vela para Nueva York el brick *Adonis*, y al punto corrió á ver al capitán que estaba terminando sus preparativos, se ajustó como pasajero pagando el precio de la travesía, luego, después de escribir por última vez á la señora Delfina manifestándole su respetuosa adhesión y su gratitud, envió su equipaje á bordo y se embarcó á la hora de la marea.

Daban las cuatro en la Torre de Francisco I cuando el *Adonis* salió del canal con sus masteleros y trinquete. El mar tenía un color azul oscuro, y el cielo estaba encarnado en el horizonte. Felipe, de codos sobre el filarete, después de saludar á sus pocos compañeros de viaje, miraba las costas de Francia que se iban cubriendo de un vapor morado á medida que el brick, tomando más vela, dirigía su rumbo á la derecha con más rapidez y se engolfaba en alta mar.

Á poco desaparecieron de la vista de Felipe las costas de Francia, los pasajeros y el Océano, pues todo lo había sepultado la noche en sus grandes alas, y Felipe fué á encerrarse en su cámara para leer de nuevo la copia de la carta que había enviado á la Delfina, y que podía pasar por una plegaria dirigida á las criaturas.

« Señora, así decía la carta: un hombre que se ve sin esperanza ni apoyo, se aleja de vos con el pesar de haber hecho tan poco por la reina futura de Francia: sí, mientras vos quedáis expuesta á los peligros y tormentas que rodean al trono, yo busco las tempestades del mar. Siendo como sois, joven, hermosa y adorada: viéndoos como os veis cercada de amigos respetuosos é idólatras servidores, olvidaréis al hombre á quien vuestra regia mano se dignó levantar

sobre la muchedumbre; pero yo no os olvidaré nunca, y voy á pensar, en un Nuevo Mundo, en los medios que debo emplear para servir con más eficacia á vuestro trono.

» Os lego mi hermana, pobre flor abandonada, que no tendrá más sol que vuestra ardiente mirada: dignaos de vez en cuando bajar hasta ella los ojos, y en medio de vuestros goces y de vuestra omnipotencia, entre el concierto de unánimes votos, os suplico que contéis con la bendición de un desterrado, á quien no oiréis, y que tal vez no vuelva á veros. »

Al concluir su lectura se le oprimió á Felipe el corazón, siendo preciso confesar que el melancólico ruido que hacía el buque al balancearse, y el estrépito de las olas que iban á estrellarse contra la porta, hubieran entristecido imaginaciones más risueñas que la suya.

Larga, dolorosa fué la noche para el joven, sin que calmara su ánimo la visita que á la mañana siguiente le hizo el capitán, quien le dijo que la mayor parte de los pasajeros tenían miedo al mar y no salían de su cámara, y que la travesía prometía ser corta, pero penosa, á causa de lo impetuoso del viento.

Felipe contrajo desde entonces la costumbre de comer con el capitán y hacer que le sirvieran el almuerzo en su cámara: y como no se sentía muy fuerte contra las incomodidades del mar, acostumbraba pasar algunas horas en el combés embozado en su capa y tendido. Lo más del tiempo lo empleaba en trazarse un plan de conducta para lo sucesivo, y sostener su espíritu con sólidas lecturas. Algunas veces se encontraba con sus compañeros de viaje, que eran dos señoras que iban á recoger una herencia en la América del Norte, y cuatro hombres, uno de los cuales, que ya era viejo, llevaba consigo dos hijos. Estos eran

los pasajeros de la cámara de popa : y en cuanto á la de proa, Felipe divisó alguna vez algunos hombres vulgarmente vestidos, y nada notó en ellos que llamase su atención.

Á medida que con la costumbre se disminuían sus sufrimientos, Felipe iba adquiriendo serenidad, lo mismo que el cielo, pues hubo unos cuantos días hermosos, puros y sin tormenta que anunciaron á los pasajeros se acercaban á latitudes templadas. Entonces permanecían más tiempo en el puente; y hasta de noche, Felipe, que se había propuesto no comunicarse con nadie, y que había ocultado su nombre al capitán por no tener conversación acerca de ninguno de los particulares que tanto temía, oía desde su cámara pasos sobre su cabeza y aun la voz del capitán, quien sin duda se paseaba con algún pasajero. Como esta era una razón para no subir, abrió su porta para respirar un poco de fresco y esperaba á que fuese de día.

Sólo una noche que no oyó pasos ni hablar subió al puente. La noche estaba calurosa, el cielo nublado, y detrás del buque, en el surco que iba dejando, se veían brotar en medio del torbellino de espuma millares de ráfagas fosfóricas. Sin duda pareció aquella noche á los pasajeros demasiado oscura y tempestuosa, pues á nadie vió Felipe en la toldilla : únicamente en la proa, inclinado sobre el bauprés, dormía ó meditaba una figura negra, que Felipe distinguió con trabajo en medio de la oscuridad; algún pasajero de la cámara de proa, sin duda algún pobre desterrado que miraba hácia adelante, deseando el puerto americano, mientras Felipe echaba menos el puerto francés. Durante mucho tiempo estuvo mirando Felipe á aquel viajero inmóvil en su contemplación; pero como el frío de la mañana iba haciéndose demasiado penetrante, se disponía á entrar en su camarote. El pasajero de proa

entretanto observaba también el cielo que empezaba á blanquear, y Felipe se volvió al oír que se acercaba el capitán.

— ¿ Estáis tomando el fresco, capitán ? le dijo.

— No que me levanto ahora.

— Pues, amigo, vuestros pasajeros os han ganado por la mano.

— Sí, vos; pero los oficiales son tan madrugadores como los marinos.

— ¡ Oh ! no lo digo sólo por mí, contestó Felipe. Mirad allá bajo aquel hombre que tan pensativo está : es también pasajero, ¿ no es verdad ?

El capitán miró hacia la proa, y se quedó sorprendido al parecer.

— ¿ Quién es ese hombre ? preguntó Felipe.

— Un... un mercader, dijo el capitán con cierto embarazo.

— ¿ Y corre tras la fortuna ? murmuró Felipe; poco debe andar para él el brick.

En vez de responder el capitán, se dirigió en busca de aquel pasajero, al cual dijo unas palabras, y Felipe le vió desaparecer por el entrepuente.

— Habéis turbado su meditación, dijo Felipe al capitán cuando éste volvió á reunirse con él; y sin embargo, á mí no me molestaba.

— No, lo que he hecho ha sido advertirle que el frío de la mañana es peligroso en estos parajes, porque los pasajeros de la cámara de proa no tienen como vos buenas capas.

— ¿ Dónde estamos, capitán ?

— Mañana veremos las islas Azores, y en una de ellas haremos aguada, porque hace mucho calor.